

## CAPITULO XXIV.

### La toma de Tabasco.



SIEMPRE está lo ridículo al lado de lo sublime.

La historia, al describir la batalla que hemos referido en el capítulo anterior, consigna un detalle, pueril si se quiere, pero que no tenemos más remedio que reproducir por no faltar á la verdad histórica.

En la refriega luchó con tal denuedo Hernan Cortés, que perdió un borceguí, y tan enardecido estaba y tan preocupado que ni siquiera lo notó al cruzar trabajosamente aquel terreno pantanoso, ni lo hubiera notado si su escudero no le hubiera llamado la atención.

Estos detalles, por pueriles que parezcan, completan más y más los rasgos y la manera especial de ser de los grandes hombres.

Conteniendo su ímpetu Hérnan Cortés, y dictando las medidas que acabamos de escuchar de sus lábios:

—¿Conoceis el terreno? preguntó el caudillo á Aguilar.

—Sí, dijo éste.

—El camino del bosque....

—Está erizado de peligros. Los indios se han emboscado sin duda alguna entre los árboles, y cuantos soldados penetren en la selva perecerán.

—¿Hay próximo algun pueblo, alguna ciudad?

—Sí; la ciudad que da nombre á esta parte del territorio, Tabasco.

—¿Y no hay otro camino?....

—Sí, uno un poco más largo; pero no ofrece riesgo alguno.

—¿Le conoceis?

—Le he recorrido muchas veces, le contestó Aguilar.

—En ese caso, Alonso Dávila os acompañará con cien soldados.

Llamó al capitán de ese nombre, y le dió las órdenes para que siguiera á Jerónimo de Aguilar.

—Yo atravesaré el bosque con mis soldados, dijo Hernan Cortés.

Partieron Alonso Dávila y Aguilar, y Melchor, que por orden de su amo se acercó á la entrada del bosque, anunció que los indios, al ver partir un destacamento de los españoles, se habían retirado, quedando franco el camino.

Cortés arengó á sus soldados.

Sus palabras los entusiasmaron.

Envió á Pedro de Alvarado con un destacamento para que formase la vanguardia.

A muy poca distancia le siguió con sus huestes, y aun no habían trascurrido dos horas, cuando las tropas de Hernan Cortés se hallaron en frente de la ciudad de Tabasco, admirablemente fortificada por los indios.

Todo el perímetro de la ciudad estaba rodeado por una muralla formada con grandes troncos de árboles enclavados en la tierra, y tan juntos, tan compactos, que sus aberturas solo dejaban espacio para que los indios pudieran arrojar desde ellas sus afiladas flechas con la mayor impunidad.

Aquella originalísima muralla formaba un círculo, y solo por un lado tenia una abertura, en la que la muralla formaba una calle espaciosa con castilletes, fabricados tambien con troncos de árboles, en los que podian guarecerse los indios para disputar el paso á sus enemigos.

No intimidó al caudillo aquel inesperado obstáculo.



Los más valientes de los soldados que formaban en sus filas se estremecieron al ver aquella muralla inexpugnable que les separaba de la ciudad, desde cuyas troneras podían los indios atacar sin temor de ser heridos.

Volviéndose á sus huestes:

—Esa ciudad, les dijo Hernan Cortés, ha de ser esta noche nuestro alojamiento. En ella se han encerrado los enemigos á quienes habiais vencido en el campo. Esa frágil muralla que les defiende, sirve más á su temor que á su seguridad. Vamos, pues á seguir la victoria comenzada ántes que pierdan esos bárbaros la costumbre de huir, ó sirva nuestra detencion á su atrevimiento.

Aun no habian llegado Aguilar y Dávila.

Enviando un emisario á su encuentro, y dándoles las órdenes necesarias para que reforzasen el ataque, empuñando con la siniestra la bandera que hemos visto ondear en la playa de la Habana en el momento del embarque de sus tropas, y blandiendo la espada en la diestra:

—Animo, amigos, dijo; penetremos en la ciudad, y destruyamos á nuestros enemigos. Sus murallas me irritan y sofocan en mi alma todos los sentimientos de piedad: en mi inteligencia todos los consejos de la astucia. ¡Santiago y á ellos.

Y dando el ejemplo, avanzó con ánimo resuelto, y seguido por todos sus soldados, que se desplegaron en ala hácia el pié de aquellas murallas, sin retroceder ante la lluvia de flechas que los indios dispararon contra ellos.

Tal fué el empuje, que no tardaron los soldados de Hernan Cortés en acercarse á la muralla y en aprovecharse de las mismas aberturas para disparar sus arcabuces y lombardas.

Miéntas los unos atacaban á los indios, otros destruían aquella empalizada, y no tardaron en abrir grandes brechas, por las cuales penetraron en el punto fortificado.

Desde las chozas, desde las casas, continuaron resistiendo los indios.

Aguilar y Dávila llegaron con refuerzos.

Los españoles avanzaban por instantes.

Atravesando por una hilera de casas, llegaron á una gran plaza, donde los indios les opusieron nueva y tenaz resistencia.

Desde las calles que afluan á la plaza, procurando ocultarse siempre, disparaban sus flechas los naturales contra los extranjeros.

Las mismas calles tenían á su entrada maderos atravesados á guisa de barricadas.

La bravura, el arrojo, el entusiasmo de los españoles fué tan grande en aquellos momentos, era tal el deseo que tenían todos de imitar á su jefe, el cual peleaba como un simple soldado al lado suyo, que los indios, viendo lo inútil de sus esfuerzos y las bajas que hacían en sus filas los arcabuces y las ballestas de los españoles, dieron por perdida su causa, y abandonando sus hogares, dejando atrás á sus mujeres y á sus hijos, corrieron á refugiarse en las montañas y en los bosques.

El triunfo de los españoles no pudo ser más completo.

Al lado de Hernan Cortés iba siempre uno de sus capitanes predilectos: Bernal Diaz del Castillo, que más tarde fué uno de los historiadores del gran hombre.

En el combate quedó gravemente herido, y con él quince soldados.

Los españoles se alojaron en tres adoratorios de los más principales de la ciudad, y aunque penetraron en muchas casas animados por la idea del saqueo, inevitable compañero de la guerra, sobre todo en aquellos tiempos, tuvieron ocasion de conocer cuán precavidos eran sus enemigos.

En efecto; temerosos desde el momento en que envió Cortés el emisario para redimir á los cautivos de que los extranjeros intentarían dominarlos, como habian dominado á los habitantes de la Española, se prepararon para resistirlos.



Animados por sus caciques y por sus sacerdotes, todos los habitantes de Tabasco, sin distinción de clases, construyeron aquella fortaleza, aquellas murallas que se presentaron á la vista de los españoles.

Seguros de su valor, pero temerosos de una derrota, la mayor parte de ellos llevaron á los bosques y á las montañas á sus esposas y á sus hijos.

Todos desalojaron sus casas y se llevaron sus bienes.

Cuando quedaron vencedores los españoles, encontraron las viviendas completamente desalojadas.

El botín fué para ellos una ilusión.

Aun demostraron los indios de Tabasco su experiencia en la guerra, su carácter independiente, su valor heroico, con un acto que no pudo menos de sorprender á Hernan Cortés y á sus capitanes.

Pocos muertos hallaron en las calles de la ciudad, y eso que la matanza habia sido horrible.

En cuanto á heridos, no hallaron uno solo.

No querian que sus enemigos pudieran gozarse en contemplar sus víctimas.

No hubo uno solo de los que huyeron que no llevase á cuestas un herido y un muerto, para robar esta parte de gloria al triunfo que habian alcanzado sus adversarios.

—Hemos logrado nuestro deseo, dijo Hernan Cortés á los suyos. Hemos vencido á un ejército formidable, y sus flechas no han podido matar á ninguno de nosotros.

Cuidemos á los heridos, descansemos de nuestras fatigas, y que este primer triunfo que hemos obtenido nos aliente en lo sucesivo.

Después de disponer que recorrieran patrullas toda la ciudad y que se colocasen centinelas en los alrededores, se entregó al descanso.

Antes de conciliar el sueño quiso dar una orden á su intérprete Melchor.

Dispuso que le buscasen, y los escuderos á quienes dió la orden volvieron anunciándole que no parecia.

Hernan Cortés recordó entonces que desde el momento en que entraron en la ciudad le habia perdido de vista.

—Habrá muerto, pensó.

Insistió entonces en buscarle, y cuantas tentativas se hicieron al efecto fueron inútiles.

Melchor habia desaparecido.

Cortés le creyó muerto.

Desgraciadamente para él no era así.



## CAPITULO XXV.

## Una deserción.



L amor ha cometido grandes crímenes en el mundo.

Por él se han transformado los hombres más leales en traidores, los más valientes en tímidos, los más cobardes en denodados.

Un nuevo ejemplo de estas profundas alteraciones que se operan en el carácter de los mortales, va á ofrecernos el leal servidor de Hernan Cortés.

Melchor habia nacido en Cuba.

Diez y seis años tendria, sobre poco más ó ménos, cuando los españoles, á las órdenes de Velazquez conquistaron aquella isla.

Algunos indios, viéndose perdidos, se alejaron en las canoas de la isla en donde habian puesto su planta los extranjeros, y corrieron á refugiarse en el Yucatan.

Otros quedaron heridos ó prisioneros en poder de los españoles.

Melchor, que entónces se llamaba Ibo-ibo, fué uno de los más denodados defensores de la independenciam de su patria; pero quedó herido en el campo al decidirse la victoria por los extranjeros.

Su buena suerte quiso que cayera en poder de Hernan Cortés.

Le habia visto batirse con arrojo, le habia visto caer herido por una ballesta, y la juventud del indio, la inteligencia que revelaban sus ojos, el heroismo con que habia peleado, despertó

hácia él vivas simpatías en el entónces oscuro capitan, á quien más tarde debia servir de intérprete.

Bajo su custodia le prestó los mayores cuidados, y fué para él, más que un vencedor, un hermano.

—Ibo-ibo tardó más de un mes en curarse de su herida.

Poseia un noble corazon, y la gratitud le hizo considerar á Cortés como su Providencia.

Cuando estuvo completamente bueno y supo que los indios eran esclavos de los españoles:

—Amo mio, dijo á Hernan Cortés, yo no quiero separarme de vuestro lado: si he de ser esclavo como todos, que halle la recompensa de mi sacrificio al pagaros con mi lealtad una deuda de gratitud.

Cortés escucho sus ruegos, y pidió á Velazquez que lo diese á Ibo-ibo.

El indio buscó á sus padres.

Habian perecido en la refriega.

Buscó á Caoniana, jóven india de diez y seis abriles, que habia despertado en su alma el sentimiento del amor.

—Caoniana ha muerto, le dijeron sus hermanos.

—¿Y sus padres?

—Tambien.

—Ibo-ibo habia quedado completamente huérfano.

Un solo consuelo quedaba á su dolor: el cariño que le profesaba Hernan Cortés, aquella adhesion que sentia hácia su persona.

Ibo-ibo devoró sus penas en silencio.

—Es necesario que aprendas á hablar nuestro idioma, dijo Hernan Cortés.

El indio se aplicó, y en breve tiempo supo el idioma de los españoles.

No basta que hables como nosotros, le dijo Hernan Cortés, es necesario, para que seas digno de mi amistad, para que adquieras



ras superioridad sobre todos los indios, que profeses la religion cristiana, que recibas el agua del bautismo, que aprendas nuestras oraciones, que te identifiques con nosotros.

Ibo-ibo renunció á su idolatría, escuchó con atencion las pláticas de los misioneros, se instruyó en los misterios de la religion, y fué bautizado en un dia de la Epifanía, razon por la cual recibió el nombre de Melchor.

En muchos años demostró de tal modo su cariño, su lealtad á Hernan Cortés, que el ilustre caudillo no vaciló en honrarle con toda su confianza, y en llevarle á su lado como intérprete y como guía al tomar el mando de las tropas que iban á conquistar á sus órdenes el gran imperio de Moctezuma.

Como Hernan Cortés le estimaba, le habia observado siempre con atencion y habia notado con sorpresa que la fiebre del amor estaba muerta en su corazon.

Los otros indios, esclavos y todo, rendian culto al ménos á la ley natural.

Melchor huia de todas las ocasiones, y parecia tener un profundo odio á todas las mujeres.

Le hemos visto salir de la Habana con Hernan Cortés, y en los peligros prestarle muchos servicios.

¿Qué habia motivado su desaparicion?

¿Cómo aquel hombre leal, sincero, capaz de todos los sacrificios imaginables siempre que se trataba del bien de su amo, habia desertado de aquel modo?

El amor habia sido su tentacion.

Cuando los españoles, creyendo tomar por sorpresa la ciudad de Tabasco, se precipitaron sobre sus murallas y abrieron brechas para penetrar en el punto fortificado, Melchor, movido por el deseo de secundar los planes de su amo escaló la muralla de troncos, y hablando á los indios en su idioma, trató de vencerlos á que se rindieran.

Pero cuál fué su sorpresa al ver que de entre los indios que

peleaban salió uno, y llamándole por su primitivo nombre, le tendió los brazos.

—¡Padre mio! exclamó Melchor, reconociendo en el indio al autor de sus dias.

Hubo una explicacion entre los dos.

Melchor supo que habiendo logrado escapar su padre del poder de los españoles, se habia refugiado en Tabasco, logrando salvar de la muerte á Caoniana, á quien por el lazo amoroso que habia contraído con Ibo-ibo consideraba como su hija.

La idea de que vivia Caoniana, de que podia volver á verla; la noticia que tuvo por su padre de haber sido fiel á su amor, que pensaba en él á todas horas y que le esperaba segura de que él iria á buscarla, hizo olvidar al mancebo su lealtad.

El torrente tanto tiempo oprimido se desbordó.

—¿Dónde está Caoniana? dijo á su padre.

—Con todas las mujeres se ha refugiado en la montaña. Hace ya tiempo que esperábamos á los extranjeros; como la suerte les favorece siempre, hemos creido que peligraria nuestra independencia, y ántes de que este caso llegara, hemos salvado á nuestras esposas, á nuestras madres, á nuestras hijas.

—¡Ah! exclamó Melchor, sintiendo renacer el amor patrio en su pecho. El deber es ante todo; yo pelearé á vuestro lado, yo sacrificaré mi lealtad á la defensa de vuestra causa. El amor de Caoniana me dará fuerzas para vencer.

El ataque de los españoles fué tan rudo, que miéntras duró este diálogo entre padre é hijo lograron penetrar en la plaza.

Los indios se desplegaron.

Arroja ese ignominioso traje, dijo á Ibo-ibo su padre, y corre presuroso á la Montaña Verde, donde Caoniana al verte recobrá la felicidad que ha perdido. Yo he jurado vencer ó morir; si muero, recibe mi bendicion.

Melchor se despojó de su traje, semejante al de los españoles, y obedeció las órdenes de su padre.



Para llegar á la Montaña Verde tenia que cruzar por una calle espesa de árboles, de uno de los muchos bosques que rodeaban la ciudad.

Colgando en uno de los árboles el traje, corrió para llegar cuanto ántes adonde estaba Caoniana.

Miéntas tanto, luchaban poco ménos que cuerpo á cuerpo los indios con los extranjeros.

Caoniana recibió en sus brazos á Ibo-ibo.

La felicidad embriagó al intérprete de Hernan Cortés.

No trascurrió mucho tiempo sin que los indios, vencidos, llegasen á guarecerse entre las rocas de la Montaña Verde, conduciendo sobre sus hombros los heridos y los muertos.

Entre los últimos vió Ibo-ibo á su padre.

Dominado por el dolor:

—Juro sobre tu cabeza, dijo, ayudar á exterminar á los españoles.

Yo os guiaré al combate; mi dolor me dará fuerzas; la esperanza del amor me ayudará á combatir; busquemos en el descanso tregua á nuestro dolor, y mañana mataremos á los españoles.

El amor habia convertido á Ibo-ibo en uno de los más encarnizados enemigos de Hernan Cortés.

Este era un verdadero contratiempo para los españoles.

Melchor sabia las intenciones de su amo.

Conocia á los soldados que le acompañaban, y habia aprendido de los españoles las maniobras más decisivas en los combates.

Cuando al penetrar en el bosque que conducia á la Montaña Verde encontraron los emisarios de Hernan Cortés el traje que habia dejado en un árbol Melchor, y lo llevaron á su jefe, asegurándole que no parecia por ningun lado, Hernan Cortés comprendió lo que pasaba.

—Es una verdadera desgracia, dijo; esa desercion nos obliga á duplicar nuestras fuerzas. La ingratitud de ese hombre puede costarnos cara; pero á nuestro lado pelean la razon y la fe.

## CAPITULO XXVI.

### Zozobras.



El caudillo no se habia equivocado.

Después de las primeras declaraciones que habia hecho Melchor á los indios para que considerasen ménos definitiva de lo que pensaban su derrota, dominado por el amor de su patria, que se habia despertado en él por el deseo de salvar á su amada, insistió en ayudar á los indios.

Durante toda la noche fueron regresando los que con tanto denuedo se habian batido.

Todos estaban desanimados.

—Es imposible luchar con esos hombres, decia uno.

—Nuestras armas no les hieren, exclamaba otro.

—¿Qué poder sobrehumano les defiende, que nuestras flechas se embotan en su cuerpo sin producirles mal alguno?

—En cambio, con sus armas nos matan.

—Disponen del rayo.

—Por eso son inmortales.

—¡Desgraciados de nosotros!... dijo otro. Nos aguarda la misma suerte que á los indios de Haití.

En medio de la consternacion que estas palabras producian, no habia uno solo que abrigase la esperanza de poder contrarrestar el empuje de los enemigos.

—Huyamos, huyamos pronto de aquí á tierras más lejanas.

—Dejémosles libre el campo.

—Que se apoderen de nuestros dominios, de nuestras casas;